

# PAPIRO

Día 5

## La Noticia

*Shanghái – China.*

A paso apresurado, Malenty arribó al afamado bar del Shanghái Club, un exclusivo espacio reservado para los tai-pans, hombres de negocios extranjeros y banqueros. La impresionante barra en forma de "L", de 34 metros de largo y construida en caoba sin pulir, otorgaba fama y prestigio al lugar, siendo la más extensa del mundo y accesible únicamente para los socios. Malenty ocupó un asiento en el extremo de la barra que se encontraba frente al Bund y pidió un trago mientras aguardaba a Zaid, filólogo y funcionario del Servicio de Antigüedades de Egipto.

Después de ver el reloj insistentemente, comenzó a inquietarse; no solía esperar a nadie, pero en esta ocasión haría una excepción. El sudor en su frente lo delataba. No era capaz de disimular su inquietud.

Zaid le había prometido entregarle antigüedades valiosas e información acerca de los más recientes hallazgos en tumbas, todo a cambio de una pequeña fortuna. Su posición en el gobierno le brindaba el poder de obtenerlas. Egipto atravesaba por tiempos de cambio, y algunos empleados vendían sus servicios a los ávidos coleccionistas de arte antiguo.

—¿Y bien, lo conseguiste? —inquirió Malenty al ver llegar a Zaid.

—No exactamente.

Decepcionado, Malenty se disponía a abandonar el lugar, pero Zaid lo detuvo y anunció:

—Pero tengo buenas noticias.

—Al grano, dime qué tienes.

—En una tumba encontraron pequeñas jarras, discos de alabastro, placas de cerámica, vasos canopes y algo de fayenza —explicó Zaid, intentando justificar la espera.

—No, nada de eso me sirve.

—Pero pertenecen a la dinastía XVIII —aclaró Zaid.

—¿Estás seguro?

—Completamente —afirmó Zaid y le mostró algunas fotografías de los objetos y utensilios del hallazgo.

Tras examinarlas detenidamente, Malenty extrajo un papel amarillento de entre ellas y preguntó:

—¿Y esto?

—¡Ah!, nada importante —respondió Zaid, y añadió—. Me informan de fragmentos que hallaron en otra tumba. Es un telegrama que me envió mi hombre de confianza. Te lo traje por si acaso...

El semblante de Malenty cambió, dejó caer las fotografías sobre la barra y preguntó:

—¿Encontraron un papiro? ¿Es el que estoy buscando?

Lo miró fijamente, como intentando sonsacarle las respuestas y continuó interrogándolo:

—¿Quién lo halló? ¿A qué dinastía pertenece?

Zaid pasó del sobresalto al estupor y, apresuradamente, respondió:

—Solo son algunos fragmentos. Los encontró el Dr. Taruf; él tiene el resto.

Luego, formuló sus propias preguntas:

—¿Qué papiro es? ¿Qué contiene?

Eran muchas preguntas sin respuesta que bien merecían otros tragos. Ambos volvieron a ordenar mientras el atardecer teñía de oro el Bund, reflejándose en las embarcaciones que navegaban el río Huangpu, como si los pescadores, al lanzar sus redes al agua, celebraran la buena nueva con ellos. Pero, claro, eso era solo un eufemismo. La riqueza nunca celebra con la pobreza; solo la observa desde lejos, envidiándola.

La agitación de Malenty era evidente. Sin despedirse, abandonó el bar y se trasladó de prisa a su despacho. Le urgía compartir la noticia con Daryl. Este era un verdadero hallazgo que lo acercaba a su objetivo, por lo que, sin perder tiempo y emocionado, le envió un telegrama donde le notificaba los detalles y le ordenaba que consiguiera el papiro:

"Posible papiro descubierto por el Dr. Taruf".

"Lo tiene el Servicio de Antigüedades".

"Urge encontrar el resto de los fragmentos".

"No importa el precio".

Mientras él enviaba el telegrama, Zaid alzó su copa, rodeado de jóvenes que no estaban allí por la conversación, sino por el dinero y el poder que hombres como él podían ofrecerles.

El barman, acostumbrado a ese espectáculo, apenas le dedicó un vistazo antes de volver a su trabajo. Zaid, en cambio, sonreía satisfecho: aún tenía mucho por disfrutar antes de regresar a Egipto. El dinero recibido lo hacía sentirse como parte de esa élite.

En Egipto, Nafir aún ignoraba que, desde Shanghái, alguien ya había puesto precio a su descubrimiento. A Abdul, en cambio, le pesaba más la verdad recién descubierta. El desasosiego no lo dejaba en paz. "¿Y si fuera cierto? ¿Y si los cristianos sí adoptaron el mito de Osiris?", pensó, intentando darse ánimos mientras el calor lo sofocaba más que nunca. Pasó la mano por su rostro húmedo y miró al cielo, esperando una señal que le confirmara que nada era verdad, que su fe seguía incólume, a pesar de la evidencia.

## Papiro Ebers

### *Valle de los Reyes – Egipto.*

La actividad en la capilla de la tumba iba en aumento. Nafir avanzaba con cautela, releyendo varias veces las líneas y columnas llenas de jeroglíficos. Era un trabajo arduo, pero apasionante. Y para él, aún más, pues necesitaba encontrar la fórmula del antídoto. Absorto en su labor, tardó en darse cuenta de que lo llamaban:

—Dr. Taruf...

—Dr. Taruf, lo buscan.

Nafir salió a recibir el telegrama con la información que días antes había solicitado a la Biblioteca de la Universidad de Leipzig, donde resguardaban el papiro Ebers original, descubierto en Egipto en 1873. Le interesaba corroborar las sustancias tóxicas mencionadas en el documento. Ansioso, posó la vista sobre el párrafo que le interesaba y leyó su contenido:

“El papiro contiene 877 apartados que describen numerosas enfermedades en varios campos de la medicina y presenta las primeras referencias escritas de forma explícita sobre venenos; el acónito, hioscina, eléboro, cicuta, papaver, cáñamo índico, mandrágora y metales tóxicos como el antimonio, plomo y cobre”.

Las piernas se le doblaban. Tuvo que apoyarse en la pared para no perder el equilibrio. Esto complicaba todo. Había más venenos de los que había imaginado. No era versado en medicina, pero sabía lo suficiente. El acónito causaba parálisis y fallo respiratorio; la cicuta, la misma que había matado a Sócrates, bloqueaba los músculos hasta asfixiar a la víctima; la mandrágora y la hioscina alteraban la mente hasta la locura. Los metales como el plomo y el antimonio corrompían la sangre lentamente.

Respiró hondo al pensar que estas referencias serían útiles para comparar lo que estaba escrito en los fragmentos contra lo que iba encontrando en las paredes de la capilla. Si las menciones coincidían en ambos lugares, confirmaría que el Papiro Ebers contenía información originalmente escrita en el Sermey. Esta era su gran apuesta y, por el momento, su única alternativa.

Nafir comprendió que la investigación sería demasiado extensa. La posibilidad de encontrar los ocho venenos disminuía con cada día que transcurría. Se percató de que necesitaba ayuda con urgencia. Además, debía considerar los metales tóxicos. Abatido, se llevó las manos a las sienes.

—Pero... ¿quién? —se preguntó en silencio mientras doblaba el telegrama y lo guardaba.

Era difícil para él imaginarse lo que vendría. Aunque basaba sus decisiones en su juicio, nunca se había enfrentado a lo misterioso y desconocido, mucho menos a adoradores de deidades y seres mitológicos. Sus amplios conocimientos no le alcanzaban para vislumbrar posibilidades fuera de lo racional. La idea de que las enseñanzas del pasado cobraran vida en el presente le resultaba peligrosa.

Un leve murmullo resonó en la capilla. Tal vez era solo el viento, o el eco de su propia respiración. Nafir sintió un hormigueo en la nuca que trató de ignorar. Esta vez, sin embargo, no pudo evitar girarse lentamente, como si el peso de siglos de historia estuviera clavando sus ojos invisibles en él, observándolo.

Aunque en ese momento no lo sabía, su intuición no le fallaba: el Vaticano ya preparaba su gran expedición.

—Doctor Taruf... ¿se encuentra bien? —preguntó Abdul al verlo tan ensimismado.

Nafir se giró al escuchar la voz. Aunque preocupado, jamás se imaginó lo que oiría.

—¿Y si todo es una mentira? —dijo Abdul, soltando de golpe su incredulidad.

Nafir le dio la espalda, pero aún lo escuchaba insistir.

—Es que... le he dado vueltas y vueltas, pero no me puedo imaginar que antes de Cristo hubo otros dioses que... resucitaron y...

Nafir apretó los puños. No respondió. No podía. Algo dentro de él le decía que no debía escuchar más. Solo miró de reojo, con incredulidad y desaprobación. "¿Por qué no acepta la evidencia?", se preguntaba mientras se marchaba. "¿Acaso la fe engegece?".

Esto ya era demasiado. Para ambos.

Había problemas más urgentes como para perder el tiempo en esta discusión. Sin embargo, Nafir sabía que en su momento Santo Tomás de Aquino abogó porque la fe y la razón no fueran opuestas, sino que se complementaran. Eso le hacía pensar que, con el tiempo, Abdul podría aceptar la evidencia sin menoscabo de su fe.